

# NOTAS CRÍTICAS



## De ideas y razones

JOSÉ J. SANMARTÍN\*

Este libro<sup>1</sup> aporta una lectura original y rigurosa del pensamiento de Hannah Arendt en dos aspectos capitales; a saber, la voluntad y la responsabilidad, sí, pero también sus ricas conexiones con las ideas –y aplicaciones– de libertad, del sentido común, de banalización, entre otras. La perspectiva adoptada por el profesor Ángel Prior es particularmente adecuada al estudio del legado arendtiano, en tanto acoge en su desarrollo intelectual la diversidad de semejante universo de ideas, hechos pero, también, emociones y sentimientos. El autor profundiza en la obra de Hannah Arendt, a la cual somete a un preciso análisis como ejercicio filosófico per se, sin extralimitarse en momento alguno más allá de la centralidad que requiere el tema. El libro de Prior es Filosofía, sin dejar de ser un estudio sobre Filosofía. Y es que la investigación del pensamiento arendtiano ha sido, a veces, utilizada para ejecutar, en realidad, excursiones intelectuales, donde tesis propias de los eruditos hallaban oportuna legitimación en la obra de Arendt.

*«Arendt acentúa los rasgos de libertad filosófica o metafísica, de irrelevante para la política, resultado de un apartamento del mundo»<sup>2</sup>.*

Las influencias que gravitan sobre el universo arendtiano en lo tocante a responsabilidad y voluntad, son examinadas por Ángel Prior conforme a las distintas variables a que dan lugar. Un aspecto igualmente destacable viene dado por la riqueza del debate intelectual que aporta Prior. Debate intelectual, sí, más allá del típico estado de la cuestión bibliográfica. Nuestro autor disecciona con pulcritud cartesiana y elegancia versallesca los temas de mayor calado en lo pertinente a voluntad y responsabilidad, con incursiones de diáfana procedibilidad intelectual. Tanto, pues, que en ocasiones más que de ideas separadas (voluntad o responsabilidad), en realidad nos hallamos ante una conjunción de ambas nociones, más allá de una mera intersección de caminos. Arendt, primero, y ahora Prior, saben distinguir magistralmente cuando entre los momentos de bifurcación y los de unión entre los dos surcos intelectuales que, a la postre, abren una intensa panorámica —pero también plural— de lo que debe ser una democracia profunda.

---

Fecha de recepción: 6-09-2010. Fecha de aceptación: 20-09-2010.

\* Dirección: Profesor de Ciencia Política y de la Administración. Universidad de Alicante.

Correo: jose.sanmartin@ua.es

1 PRIOR OLMOS, Ángel: *Voluntad y responsabilidad en Hannah Arendt*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2009.

2 PRIOR OLMOS, Ángel: *Ibidem*, pág. 109.

*«la dominación burocrática, la dominación a través del anonimato de las oficinas, no es menos despótica porque «nadie» la ejerza. Al contrario, es todavía más temible, pues no hay nadie que pueda hablar con este Nadie ni protestar ante él»<sup>3</sup>.*

Criterio acertado por parte del autor es la adopción de un enfoque abierto a la hora de examinar las presencias, y las ausencias, en la obra arendtiana; tan racional, casi siempre, como emocional a veces, en Hannah Arendt las omisiones (esto es, los disentimientos, los rechazos, los desapegos) también desempeñaron una función vertebradora invertida que, magistralmente, Prior dota de vida intelectual, haciendo emerger a la superficie ideas hasta ahora olvidadas. El autor desmenuza con precisión de cirujano la magnitud de Walter Benjamin, *«que representa para Arendt una posición que emerge asumiendo el carácter irreparable de la ruptura de la tradición y la pérdida de la autoridad»<sup>4</sup>*. En otro momento, y retro trayendo (al tiempo que actualizando) una idea de concomitancia intelectual entre distintos pensadores, Prior transita desde la certidumbre conceptual a lo que denomina como *«incompatibilidad entre acción, intelecto y voluntad»<sup>5</sup>*. De Epicteto, Arendt aprendió qué es la voluntad, no tanto la razón; lo que constituía fuente de realización. El mundo se hace desde la voluntad, siendo la razón un elemento subsidiario, pero no primario, de la ecuación. Resulta necesario el análisis de las ideas, pero también de los hechos, atendiendo a su misma pluralidad, y a la evolución siempre cambiante que haya podido producirse<sup>6</sup>. Como afirma el profesor Prior Olmos, Arendt criticó *«a la tradición filosófica occidental por no prestar la debida atención a su naturaleza dual de la voluntad»<sup>7</sup>*. De ahí que deba ponerse en valor la honradez intelectual del autor de *Voluntad y responsabilidad en Hannah Arendt*; en ningún momento Ángel Prior procura usar, manipular o forzar el pensamiento arendtiano en defensa de ideas ajenas a la filósofa centroeuropea, como tampoco en atención a conceptos propios (y excluyentes) del autor que la estudia.

Un aspecto particularmente notable del libro es la demostrada capacidad que se exhibe para discernir, y explicar, las diferencias subyacentes a la obra de Arendt, incluyendo la progresión de su pensamiento, y ello en base al conocimiento riguroso, en verdad exhaustivo, de las aportaciones —sucesivas, singulares, pero también matizadas y plenas de sugerencias— que Arendt nos legó. Así, sobre la libertad, Prior sostiene que, de acuerdo a *¿Qué es la libertad?*, aquella está *«relacionada con la política y no es un fenómeno de la voluntad»*; de ahí que la acción será libre *«en la medida en que sea capaz de trascender motivaciones y finalidades»<sup>8</sup>*. ¿Constituye la voluntad un requisito de la política? El mal, ¿es realmente inteligible? Así, una a una, de manera sabiamente circular antes que cronológica o lineal, Prior va desgajando las intersecciones fundamentales de la obra arendtiana, sin omitir los

3 ARENDT, Hannah: *¿Qué es la política?*, Barcelona, Ediciones Paidós, 2009, pág. 50.

4 PRIOR OLMOS, Ángel: *Ibidem*, pág. 59.

5 PRIOR OLMOS, Ángel: *Ibidem*, pág. 109.

6 Al desarrollar su teoría del «primal will», Santayana esbozó una idea de revoques filosóficos en distintas líneas. *«Primal will, as I understand it, is not coextensive with the entire automatism of nature. Automatism and Will are indeep akin, and the first always subtends and envelops the second. Will, however, though it does not imply intelligence or premeditation, does imply eagerness to act»*, George SANTAYANA, *Dominations and Powers: Reflections on Liberty, Society and Government*, Clifton, Augustus M. Kelley Publishers, 1972, pág. 41.

7 PRIOR OLMOS, Ángel: *Ibidem*, pág. 110.

8 PRIOR OLMOS, Ángel: *Ibidem*, pág. 109.

focos de polémica intelectual, también respecto de la crítica especializada. El mal como acto de voluntad<sup>9</sup>. Y su inteligibilidad como parte de la mecánica para desentrañar el proceso de banalización, halla análisis precisos como el dedicado a la voluntad más allá de lo puramente teleológico.

*«La voluntad como «fuente» de la acción y no solamente como elección entre medios, dados los fines, es esencial para que podamos estimar cuestiones como la resistencia al mal (en la que parece jugar un papel indispensable el poder de la voluntad de no querer)»<sup>10</sup>.*

Y es que la voluntad, como bien matiza Prior, puede sustentarse también en ese «no querer» que define la capacidad de resistencia, pero incluso de negación a la injusticia por parte de unos frente a otros. Entonces, ¿dónde está el límite? En pureza, habría que referirse a «límites» (pero no desde una perspectiva rígida y aritmética, ignota en la formulación, más sofisticada, de Hannah Arendt), pues la sociedad tiene una geometría variable conforme a cada tema o cuestión que merezca un debate en su interior. De ahí brota la extensión de la idea de libertad como catálogo de potestades y obligaciones; un elenco más o menos aprehensible, que tiene unos mínimos pero debe propender —siempre y en todo lugar— hacia mejores cotas pero, en parte debido a ello mismo, encuentra a su paso desafíos y obstáculos permanentes, que hacen inaccesible una variante del camino que es la vida (trasunto latente de justicia, metáfora de la potencial fuerza creadora de la humana redención). Ante semejante encrucijada, cuando el bloqueo se nos aparece como realidad unívoca y última, siempre, incluso ahí, coexiste al menos una posibilidad mínima para ejercer el disenso cívico o, en un caso extremo, para eludir el servicio a favor de un régimen vocacionalmente maligno<sup>11</sup>. Resulta perentorio sortear los peligros y avanzar, con paso firme, hacia el descubrimiento de otra vía de paso. El discurso de la negatividad, o de la simple ausencia de alternativas, no puede imponerse como hecho ineludible en sí mismo. La responsabilidad, pues, se extiende en la medida en que no hacemos el bien, así como cuando dejamos que otros hagan el mal.

*«La responsabilidad vicaria por cosas que no hemos hecho es el precio que pagamos por el hecho de vivir nuestras vidas no desde nosotros mismos sino entre nuestros semejantes y por el hecho de que la facultad de actuar (facultad política por exce-*

9 Ese inmenso poder de que parece disponer la voluntad, ya resultó fagocitado por la admonición —típicamente russelliana— respecto a que lo vergonzoso de la lascivia «es su independencia de la voluntad», Bertrand RUSSELL, *Historia de la Filosofía*, Barcelona, RBA, 2005, pág. 407.

10 PRIOR OLMOS, Ángel: *Ibidem*, pág. 173.

11 Sobre el concepto de responsabilidad, debemos traer a colación los debates internos entre los juristas principales que participaron en los procesos de Nuremberg. «Storey's task was a thankless and unnecessary one. Bernays's purpose in proposing the «organizational guilt» idea was to make possible the prosecution of multitudinous members, but there were only some forty surviving members of this defined group, and these included (by Storey's reckoning) seventeen of the defendants —all but Streicher, Schirach, Sauckel, and Fritzsche. Furthermore, the sins of the ministerial defendants, heinous though they were, had not been committed by means of the indicted group», Telford TAYLOR, *The Anatomy of the Nuremberg Trials: A Personal Memoir*, Boston, Little, Brown and Company, 1992, pág. 204.

lencia) sólo puede actualizarse en alguna de las múltiples formas de comunidad humana»<sup>12</sup>.

Aspecto verdaderamente sobresaliente de la obra es el estudio de la vertiente cristiana (no necesariamente teologal) de la filosofía arendtiana. Aquí emergen, por su misma calidad intelectual, figuras descolantes como San Agustín o San Pablo. Al primero, dedica Prior un estudio de absoluta primigenia calidad en el cual se manifiestan —cual verdad revelada— los elementos cohesivos del pensamiento agustiniano y la lectura arendtiana. «*Querer y ser capaz de, no son la misma cosa*»<sup>13</sup>, sostiene Prior en remembranza conceptual de San Agustín. Éste concibió una noción de voluntad que acabó germinando, aún de manera lejana y tras un decurso de cambios, en la filosofía de Arendt<sup>14</sup>. La relevancia de la voluntad es incuestionable, conforme a la obra agustiniana, pero tal predominio no obsta al hecho de que su simple presencia es del todo insuficiente. Razón, ley, entre otros, son figuras igualmente constatables en el flujo de influencia agustiniana sobre Arendt. Las conexiones, y las pulsiones, a favor o en contra, siempre motivadas y pertinentes, de lo cristiano en Arendt constituyó una realidad subyacente<sup>15</sup>.

«*La creencia de Pablo de que Dios había mandado a Cristo para salvar al mundo, y su convicción de que él había sido llamado para proclamar este evangelio por todas partes, lo llevaron a afirmar que estos acontecimientos no habrían sido necesarios si los medios de la salvación estuvieran ya disponibles para todos en el judaísmo*»<sup>16</sup>.

Entre otras causas, el acierto del estudio de Prior sobre el pensamiento agustiniano, responde a la capacidad para profundizar en el análisis manteniendo, al mismo tiempo, una orientación definida. En ningún momento nuestro autor se desvía de una línea clara y coherente, y ello sin renunciar al examen de la diversidad de ideas arendtianas así como, en especial, de las tesis generadas entre sus estudiosos a raíz de su estela intelectual. En parte sustentadas sobre el trabajo de Mathewes<sup>17</sup>, pero también por su misma intuición intelectual, Ángel Prior modula, explica y siempre profundiza en ámbitos de recóndito conocimiento

12 PRIOR OLMOS, Ángel: *Ibidem*, pág. 45.

13 PRIOR OLMOS, Ángel: *Ibidem*, pág. 146.

14 La procedibilidad, la casi pertinencia, que Arendt concedió a San Agustín contrastaba, por ejemplo, respecto a la reluctancia que autores previos como Algernon Sidney blandieron contra la obra agustiniana, jalonando una dudosa equidad intelectual ya en los albores del pensamiento empírico anglosajón. «*If Augustine might say, That the emperor is subject to no laws, because he has a lípower of making laws, I may as justly say, that our kings are subject to laws, because they can make no law, and have no power but what is given by the laws*», Algernon SIDNEY, *Discourses Concerning Government*, Indianapolis, Liberty Fund, 1996, pág. 364.

15 No ha lugar aquí a precisar la naturaleza germinadora que, en su creación intelectual, tuvo semejante línea de pensamiento; con todo resulta pertinente mencionar cuando menos la obra de Romano GUARDINI, el autor alemán que aún de manera indirecta —y ciertamente irregular— tan poderosas reflexiones aportó a Hannah Arendt, más allá incluso de la pura Filosofía.

16 BROWNING, W.R.F.: *Diccionario de la Biblia*, Barcelona, RBA, 2009, pág. 343.

17 MATHEWES, Charles T.: «*Evil as Privation. Hannah Arendt's Augustinian Ontology*», en su libro *Evil and the Augustinian Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

y latente pertinencia para la sociedad<sup>18</sup>; de ahí que la racionalidad sea un vector de análisis que, de manera casi circular, se aborda en la obra del profesor Prior<sup>19</sup>. Además de las citas paulistas realizadas en su momento por Arendt, también podemos colegir el mensaje de San Pablo en su «Carta a Tito», donde, tras afirmar la obediencia debida de los cristianos «a los gobernantes, a las autoridades», al poco recomienda la evitación de «las cuestiones tontas, las genealogías, las discusiones y polémicas sobre la ley, pues son inútiles y vanas»<sup>20</sup>.

Arendt distinguía casi puntillosamente el camino iniciado en la felicidad, y el que termina en el bienestar. La primera conduce a una concepción de la vida social en comunidad, donde lo público atañe a la solidaridad y al compromiso. El bienestar, por su parte, arraiga su función última (en realidad, un tanto primaria) en el interés particular, anunciando la antesala del egoísmo del materialismo contemporáneo. La felicidad para Arendt es una idea más plena, y compleja, que ese bienestar eminentemente privado que busca la satisfacción de una minúscula parte de las necesidades humanas, que aún siendo dable no deja de manifestar su insignificancia (pues lo material, que es necesario atender, no puede aspirar a erigirse en tótem genérico de la sociedad).

*«Los hombres de las revoluciones se habían familiarizado con la «felicidad pública», y el impacto de esta experiencia había sido lo suficientemente intenso como para hacerles preferir en cualquier situación [...] la libertad pública a las libertades civiles o, dicho de otro modo, la felicidad pública al bienestar privado»<sup>21</sup>.*

Lo que Prior nos transmite es la figura proteica de una filósofa que trabaja sin descanso al noble objeto de restañar el universo de las ideas (las propias y las ajenas). Innovación, pero también restauración, o al menos recuperación, de aquello que nos es propio y genuino: la humanidad. Arendt emerge aquí como un caso singular de compromiso ético, donde la sinceridad y la tipicidad se conjugan en sinuosa reunión, de búsqueda de la perfección, en el sentido positivo del término. De ahí que la pensadora centroeuropea estudiase las interioridades de la obra de otros autores, en el deseo riguroso de llegar hasta el final en cuanto lo que significaba, no sólo la formulación de una teoría, sino también, e igualmente pertinente, su aplicación práctica; en este sentido, Prior sabe incursionar en facetas intelectuales de poderoso magnetismo, incluso en ámbitos que no hayan merecido el interés de otros eruditos, pero sí de Hannah Arendt<sup>22</sup>. De alguna manera, lo que Arendt hizo, y Prior retrata con

18 «E igual que para Agustín el bien es asunto de participación en la creación de Dios a través del mundo (inteligible) y el mal una medida de no participación –una carencia de realidad y una inteligibilidad muda– así para Arendt el mal es ontológicamente descriptible sólo negativamente, en términos de lo que destruye, de lo que carece. El mal es vacío, superficial, banal», Ángel PRIOR OLMOS, *Ibidem*, pág. 153.

19 Conviene recordar los elementos de racionalidad que San Agustín aporta al pensamiento. Algo ya constatado por la joven Arendt con motivo de su tesis doctoral, y que también Julián Marías, entre otros, constató en su momento. «Frente a la dispersión en lo externo propia del hombre antiguo, hombre de ágora y foro, San Agustín se encuentra con holgura en la interioridad de su propio yo. Y esto lo conduce a la afirmación del yo como criterio supremo de certeza, en una fórmula próxima al cogito cartesiano, aunque pensada desde supuestos distintos», Julián MARÍAS, *Historia de la filosofía*, Madrid, Alianza Editorial, 2006, pág. 116.

20 SAN PABLO: «Carta a Tito», *La Santa Biblia*, Madrid, San Pablo, 1997, pág. 1694.

21 ARENDT, Hannah: *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, pág. 178.

22 Así, las notas a pié de página constituyen, de facto, otro libro complementario del que aparece en el texto principal. Entendidas aquellas, ora como verdaderos desarrollos de lo expuesto, ora como exposiciones fácticas de

espléndida solvencia analítica, fue asumir para sí la función última de crítica intelectual; el servicio a la sociedad, a la persona. No basta con lanzar ideas, incluso excelentes; es necesario también constatar la utilidad —y los efectos— de las mismas. El acervo común que llamamos humanidad.

*«El intelectual presiente que sólo de la crítica estricta puede partir el camino de la perfección. El halago adulatorio no sólo embota a los hombres, sino a las colectividades; a éstas en mayor medida aún que a aquéllos. Los hombres que sólo huelen el humo del incienso están irremediabilmente perdidos; y también los pueblos, que están formados de hombres.*

*He aquí el sino, duro y a veces trágico, del intelectual: afrontar, por deber, el servicio de la verdad desagradable y sufrir las injurias de los mismos que, a la larga, saldrán ganando con su actitud»<sup>23</sup>.*

La figura del sabio, de ese rey filósofo apócrifamente dibujado, impera de nuevo en la sociedad del siglo XX a través de personajes mediáticos como, entre otros, esos intelectuales con ínfulas proféticas que anuncian calamidades y salvaciones insertas, casi siempre, en el decurso esterilizador de alguna ideología totalitaria o de un fanatismo egocéntrico. A este respecto, el intelectual debe ser, en términos arendtianos, plenamente civilizado, pero también intrínsecamente cívico, más co-responsable de lo que acaece a su alrededor. La crítica de Arendt hacia la antidemocracia anidada por aquellos pensadores que, como nuevos constructores de ideas-fuerza tocadas de rigidez, no vacilaban de derruir lo anterior, con independencia de lo que pudiera ser útil y provechoso para la siguiente generación, adquirió en su obra tintes dramáticos. Hannah Arendt nunca se repuso a la destrucción de la Filosofía que, en su patria, había significado la febril locura antiintelectual del nazismo.

*«Cuando la opinión común se apropia de los «conceptos», es decir, de las manifestaciones del pensamiento en el lenguaje cotidiano, y empieza a manejarlos como si se tratase de productos cognitivos, el resultado sólo puede ser una demostración nítida de que nadie es sabio»<sup>24</sup>.*

La afirmación de un «common sense» que vehiculase, cual compromiso sincrético, la prosecución de la justicia que nos hace mejores personas, halla en Arendt a una motivada crítica del irrealismo en el que demasiados terminan salpicados, cuando no anegados<sup>25</sup>. De nuevo, una vez y otra también, se olvida que la naturaleza irrenunciablemente auxiliar de los métodos, las sistematizaciones, incluso las teorías más acabadas, tienen por objeto —a

---

ideas autónomas. Todo ello enriquece sobremedida a un libro señero en la materia por la calidad, y profundidad, de su análisis intelectual.

23 MARAÑÓN, Gregorio: *Obras Completas*, Madrid, Editorial Espasa-Calpe, 1982, tomo VII, pág. 281.

24 ARENDT, Hannah: *La vida del espíritu*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2010, pág. 199.

25 Del Fedón, también resulta procedente su encuentro con ese equilibrio que, finalmente, nos dote de mejor vida, no sólo de más estabilidad. «Un objeto situado en el centro de un medio homogéneo no podrá inclinarse más ni menos hacia ningún lado, sino que, manteniéndose equilibrado, permanecerá inmóvil», PLATÓN, *Diálogos*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2007, pág. 98.

lo sumo— la búsqueda de fragmentos de verdad. Y el papel del filósofo, de todo intelectual, como operador último de esas herramientas, es igualmente instrumental y, siempre, al servicio de un bien común que, por supuesto, se halla por encima de su ego intelectual y de cualquier formulación teórica que puede surgir del mismo.

*«La libertad política es distinta de la libertad filosófica, al ser una cualidad del yo-puedo y no del yo-quiero, posible únicamente en la esfera de la pluralidad humana. La autora subraya la oposición entre acción y pensamiento (interpretado desde el modelo socrático del diálogo entre yo y yo mismo) y muestra el error de los filósofos [...] que hacen de la comunicación no sólo garantía de la verdad sino también el paradigma de la esfera política»<sup>26</sup>.*

¿La subversión de pensar? Arendt, desde la ponderación de su obra —algo que retrata espléndidamente bien el profesor Prior Olmos— estudió tanto las ventajas como los desafueros que se cometen cuando se ignoran los límites. Éstos residen sobre los cimientos que aportan, entre otros resultados, la capacidad de discernimiento o el sentido de equilibrio. El tránsito (que para algunos intelectuales ha sido una mera transmutación) de lo pensado a lo realizado exige de un cuidadoso estudio previo; de la desatención al mismo resulta la mayor tragedia del intelectual: el fracaso de sus ideas una vez implantadas a la realidad de los hechos. Y la caída, tengámoslo presente, reside asimismo en la disminución, aún mínima, de la calidad moral que debe atesorar cualquier propuesta intelectual. Arendt ya advirtió —a la manera sutil, pero certera, que distinguía las reflexiones propias de las admoniciones ajenas— de la vanidad intelectual como auténtica patología que debía ser conjurada a toda costa.

*«El pensar es igual de peligroso para todas las creencias y, por sí mismo, no pone en marcha ninguna nueva. Su aspecto más peligroso desde el punto de vista del sentido común es que lo que tenía sentido mientras se estaba pensando, se disuelve cuando se quiere aplicar a la vida cotidiana»<sup>27</sup>.*

Al mismo tiempo, Arendt también comprendió que el encorsetamiento (no sólo positivista) a que algunas materias habían sido sometidas, podía conllevar la pérdida de valores en una sociedad que los necesitaba de manera perentoria. El ámbito de la moralidad pública, por ejemplo, no había de quedar cortado desde parámetros de uniformidad científica, con sujeción a pretendidas leyes internas o al decurso histórico; semejante desamparo, llevado al paroxismo, incurría en una fatua evanescencia. Una sociedad precisa de soportes más sólidos que los proveídos desde una coyuntural visión de lo que debe ser la «ciencia de la ética». Ésta surge, brota y fluye con la naturalidad que le es propia, adaptándose a las circunstancias de cada momento histórico, y asimilando para sí la función vertebradora de lo que, entre nosotros, es aceptable (y rechazable) como fundamento de convivencia para la sociedad.

<sup>26</sup> PRIOR OLMOS, Ángel: *Op. cit.*, pág. 102.

<sup>27</sup> ARENDT, Hannah: *La vida del espíritu*, pág. 199.

«La ética, en la medida en que surge del deseo de decir algo sobre el sentido último de la vida, sobre lo absolutamente bueno, lo absolutamente valioso, no puede ser una ciencia»<sup>28</sup>.

El ejercicio de la ética también comporta el respeto al otro, al que es diferente y/o minoritario; no se trata únicamente de tolerar, sino también de compartir. He aquí el verdadero báculo que mide nuestra capacidad de integración, y de conciliación. Una vieja idea heredada del pensamiento antiguo que tuvo cultivadores eximios a lo largo de la Historia. En palabras de uno de ellos, se trata del «cumplimiento de los deberes que te incumben con respecto a otro desde el punto de vista de la sana moral»<sup>29</sup>. Lo contrario, esto es, la omisión del deber ético implícito de respeto al prójimo significa nuestra propia negación como personas morales; la pérdida del compromiso hacia el conjunto de la sociedad, a la que necesitamos y que nos necesita, destruiría un lazo moral en verdad inextricable.

La campana del deber tañe su cadente sonido ante las miradas incrédulas de los modernos filisteos. Esta imagen metafórica puede retrotraernos a la grosería innata de los nazis frente a los escrúpulos morales de cristianos y laicos practicantes de la dignidad de la persona, todos ellos humanistas convencidos... Hannah Arendt dio testimonio de la amoralidad conscientemente vivida y ejercida por los secuaces de aquella ideología totalitaria. El crimen era parte inherente —e inevitable— de su pensamiento político<sup>30</sup>; y la idea de banalización del mal, su extensión natural. Una fuente de inmoralidad tan ponzoñosa en la sociedad como indispensable para el poder de la dictadura.

«Todos los que pecaron sin estar bajo la ley, sin la ley también perecerán; y cuantos pecaron bajo la ley, según la ley serán juzgados. Porque para ser justos ante Dios no basta con escuchar la ley: hay que cumplirla»<sup>31</sup>.

Este magnífico libro aúna un acabado análisis del pensamiento arendtiano, mientras profundiza en la función que la responsabilidad y la voluntad adquirieron en su obra; se trata del mejor estudio nunca antes realizado sobre la intersección de ambos ejes en Hannah Arendt. El profesor Ángel Prior ha ejecutado un formidable despliegue de erudición y, también, de ponderación intelectual, claridad expositiva y rigor de contenidos; extraña cualidad hoy. Estamos ante un libro que mantiene su carácter equilibrado, al tiempo que examina la teoría arendtiana desde la posición intelectual del autor que, de ninguna manera, oscurece o sublima otros planteamientos. El ejercicio de pluralidad que realiza Ángel Prior es proporcional a la calidad de su reflexión, hondamente intelectual, reflexivamente moral.

28 WITTGENSTEIN, Ludwig: «Conferencia sobre ética», está en Ludwig WITTGENSTEIN, *Diarios. Conferencias*, Madrid, Editorial Gredos, 2010, pág. 523.

29 BEN RAIMON, Mose (Maimónides): *Guía de perplejos*, Madrid, Editorial Trotta, 2008, pág. 544.

30 De acuerdo a uno de sus secuaces, conforme recogió William Shirer, Eichmann poco antes de la caída del III Reich afirmaba lo siguiente: «he would leap Laughing into the grave because the Keeling that he had five million people on his consiente would be for him a source of extraordinary satisfaction», William L. SHIRER, *The Rise and Fall of the Third Reich. A History of Nazi Germany*, Nueva York, Simon and Schuster Publishers, 1990, pág. 978.

31 SAN PABLO: «Carta a los Romanos», está en *La Santa Biblia*, pág. 1599.